

sentimiento más irresistible, se abandonaban y se dejaban vivir: ella, completamente dichosa; él, destrozado, miserable, pero sin poder desprenderse de aquella joven que le daba tanto amor, á él, que había sufrido tan horriblemente por no poder inspirarlo.

## X.

La primavera, cuya venida tanto deseaban, llegó por fin. El cielo gris y anubarrado, la naturaleza triste y desnuda, se fueron confundiendo en los rejuvenecimientos eternos, y ya los árboles del jardín entreabrían sus botones, y las hojas, duplicándose cada día, tendían sus velos de verdura entre las ramas del bosquecillo. El primer verdor, pubertad virginal de la enramada, es ruisenío y melancólico á un tiempo, como una esperanza y un recuerdo. Un oro pálido matiza el verde, y podría decirse que es un resto del amarillo de los rayos del sol de otoño, conservado en el misterio de la verdura renaciente, y también las primeras señales de un sol más brillante y más limpio. ¿Por qué no hemos de ver algo del otoño en las sonrisas primaverales de la naturaleza renovada?

Las lilas mezclaban sus racimos de amatista con las hojas oscuras de los cipreses, entre los que estaban plantadas á espaldas del

castillo : los mil cantos de los pájaros vibraban confusamente en la atmósfera; las golondrinas, con su blanco cuello y sus alas más oscuras que el azul del cielo, cruzaban en su vuelo hasta las orillas de los próximos pantanos, que asemejaban óvalos de movible azogue, encuadrados por las hierbas que comenzaban á reaparecer, y la superficie lisa del agua, que se retiraba de todas partes, daba la idea de un espejo roto en mil pedazos esparcidos y brillantes. Los gorriones, temblando aún por el frío pasado bajo su plumaje gris de invierno, se agrupaban en los muros de las terrazas sobre los bordes de los vasos de granito, que el sol parecía llenar de un fluido de oro, como si en él bebieran nueva vida. Algunas veces, á la extremidad del pantano, un rayo de sol, entreabriendo la masa de nubes, brillaba en lontananza como la espuma de una ola perdida; y difundiendo su luz de un extremo á otro del horizonte, hacía destacarse los accidentes tan poco variados del paisaje: algunos sauces llorones á la orilla del agua, ó algún grupo de álamos, que la distancia hacía parecer azules....

Vieron llegar los primeros días Camila y Allán con una alegría que no procedía solamente del encanto que debía causarles la naturaleza transformada por la primavera. Para ellos había otra cosa más que las impresiones

de la estación : tenían la facultad de poder salir fuera del limitado espacio del salón. Bajo la sombra de los árboles ocultos por las mil revueltas del bosque, no temían que la señora de Scudemor, que seguía siempre muy delicada, viniese á interrumpir una caricia demasiado larga. ¡Estaban tan desesperados de los besos, que habían de ser rápidos como un relámpago, por miedo de verse sorprendidos! Pero para ellos aquella alegría no presentaba el aspecto de otras que habían experimentado. Carecía de los sobresaltos de la esperanza, como cuando se aguarda una felicidad nueva y desconocida. ¡Ay! ¡la primavera se había retrasado mucho!

¿Habían agotado ya todo? La costumbre viene pronto á desencantarnos de los sueños cuando se han convertido en realidades. No, no estaba todo apurado; el encanto no había dejado de existir; pero habían rasgado la cubierta del último misterio, y se iban aclimataando á la emoción, es decir, la sentían con menos intensidad. Tal vez se amaban más; pero la pasión que tenían uno por otro no los embriagaba, los devoraba : de impetuosa que fué, se había cambiado en acre, porque no tenía nada nuevo que enseñar; pero si los deseos habían perdido sus ilusiones, redoblaban su intensidad. Solamente que esa intensidad era

continua, de suerte que no pesaba tanto en su vida. Ya no decían «esto es delicioso,» sino «esto es necesario,» y se mostraban graves, casi pensativos.

Camila ya no carecía de nada, pero deseaba más dicha aún, por una inconsecuencia furiosa de su pasión irritada, porque sabía que había descendido en el abismo de la vida á toda la profundidad á que es dado llegar....; y Allán era no menos tenaz, hallándose cada vez más sediento de aquella bebida que tiene siempre el mismo gusto y ocasiona constantemente la misma sed.

Así es que el amor para ellos no ofrecía contemplaciones ni sonrisas: época de la pasión en que ésta tiene algo de feroz, en que se muerde el seno como un tigre devora su presa, abrasándola hasta en la dicha propia.... Se habla menos, pero se acaricia más y en silencio; no se pregunta uno á otro lo que tiene, y las dos bocas, siempre unidas, procuran juntarse más y más.

Cuando la pasión ha llegado á este instante de su existencia, no es otra cosa que un centro cuya circunferencia se estrecha cada día en mayor grado, y ya no refleja sus encantos en la vida exterior; la absorbe sin sentirla. Es una posesión ardiente y celosa. No hay tempestades todavía, pero la atmósfera

tiene una tensión tan ardiente, que inflama la tierra. Los rocíos del corazón, los llantos de los primeros enternecimientos se han secado, y cuando más tarde nuevas lágrimas vienen á refrescar nuestras mismas arideces, se asemejan á esas gotas anchas que en las lluvias momentáneas del verano exhalan al caer un olor como de polvo.

De este modo la primavera, que no existía ya en sus almas, vino inútilmente á ostentar sus mil bellezas alrededor suyo. Lo que hacía circular la vida por los árboles, no la hizo llegar á sus corazones. ¡Oh pasiones, pasiones! ¡Todas os desarrolláis del mismo modo! Primero es una felicidad inmensa que hace vivir; después no queda ya más, si acaso, que el dolor.... Espacio sin nombre entre la esperanza y el pesar, entre la dicha y la nada: es el extraño vacío que se atraviesa amándose; momento terrible en que se tiene la certeza de ser amado y de no poder ser dichoso, sin que el por qué de este hecho incomprensible le puedan hallar nuestros espíritus confundidos.

No se hubiera conocido en Camila aquella bacante ansiosa de sed de amor que se precipitaba ciega en todas las embriagueces: estaba casi tan triste como Allán, y su cara había perdido todo su esplendor. Subidos colores ó profundas palideces se sucedían á cada mo-

mento en su rostro, imagen tempestuosa de las angustias de su corazón. En vano la naturaleza se mostraba alegre y rejuvenecida; en vano vagaban entre las rosas y bajo una luz perfumada por los paseos más retirados; la dicha que gozaban todos los seres creados espiraba á sus piés sin llegar á ellos.

Es verdad que se amaban. Sus frágiles pechos encerraban más amor que el que se hallaba esparcido en el suelo; pero lo que hacía palpitar al átomo, no impresionaba á la criatura. ¡ Pobres seres, que al estrecharse uno contra otro, no producen más que una voz, que proclama la imposibilidad de ser dichoso! En vano sus brazos se enlazaban de manera que la huella del pecho del amante quedase impresa en el seno de la amada: sabían que en estos abrazos inútiles y mortales no hallarían nada nuevo. Caricias cada vez más vehementes, pero que les hacían daño, porque eran irritantes y tristes, como ellos mismos.

Á esta pena inherente á la pasión se unían en Allán una multitud de dolores sin poesía y sin dignidad. Se ruborizaba hasta el fondo de su alma cada vez que pensaba en la posición en que se hallaba con respecto á Camila, la que le anonadaba, haciéndole pronunciar ciertas palabras. Ahora quería poner algo irrevocable entre ellos, como si hubiera conocido

por instinto que la pasión debe ser retenida, si no se quiere verla escapar. Le rogaba confesase su mutuo amor á la señora de Scudemor, y le suplicaba ratificase un empeño que ellos habían contraído al entregarse el uno al otro. Á estas instancias respondía el joven balbuceando algunas excusas.

La incoherencia de sus respuestas hubiese vendido el embarazo y la tortura de su pensamiento á cualquiera otra que aquella niña, quien suponía ser aquello el pudor de su pasión y la repugancia que ella también experimentaba, de pedir á un tercero, como una gracia, los derechos que ambos habían cambiado mutuamente. Aquel hombre, que sólo era fuerte por el espíritu, sufría por razón de su misma fortaleza. Si hubiera tenido menos, no hubiese comprendido tan bién lo que su posición tenía de indecisa y falsa para con Camila y su madre....

El hecho es que engañaba indignamente á las dos. Sin duda alguna la culpa era de la pasión; pero las ideas justas, verdaderas, nobles, se sobreponían siempre al amor que le arrasaba, para demostrarle por sí mismas que habría debido resistir más valerosamente.

Por entonces se le ocurrió una idea que le costó mucho trabajo desechar, y que muestra hasta qué punto le había hecho concentrarse

en sí mismo el egoísmo de la pasión. Se sorprendió su alma al ver que deseaba ardientemente la muerte de la madre de Camila. El sufrimiento que en ésta se revelaba, el notable cambio verificado en sus facciones, todo parecía alimentar ese deseo, vago en un principio, más preciso después, recordándole que una vez muerta aquella mujer, su posición se simplificaría en extremo. Deseo inextinguible y espantoso, seguido siempre de un remordimiento tanto más roedor, cuanto que la incorruptible elevación del espíritu no faltaba nunca á oponerse á aquella idea; pero este deseo y este remordimiento, unidos en su alma como un doble tormento, se combatían y se resistían mutuamente.

Camila ignoraba estos dolores. Su sufrimiento era originado por la impotencia de la pasión, que da siempre menos de lo que promete. Para un espíritu de la naturaleza del suyo, humano y fuertemente adherido á la realidad, esta pasión terrible la sumía algunas veces en una especie de demencia sombría. En muchas ocasiones decía á Allán cosas extrañas, que carecían de sentido, como preguntarle por qué no era verdaderamente su hermano, y aplicándose otras el epíteto de hermana incestuosa.... Parecía que con esta palabra, bajo la cual todas las legislaciones han puesto un cri-

men, quería aguijonear sus transportes lúbricos. Cuando la pasión no encuentra nada con que exaltarse, sueña con el crimen. ¿Quién puede asegurar que en este mundo decaído no haya un parentesco inapreciable entre el pensamiento del crimen y el de la felicidad?

Uno de los primeros resultados de la duración de un sentimiento de esta especie, es volverle exigente, desconfiado y amargo. Es verdad que las exigencias no se articulan, porque estas desconfianzas son más del destino que de la persona; pero las amarguras existen, aunque no dejen el corazón dispuesto para subir más allá. ¡Úlcera solitaria del egoísmo, que acaba por invadir todo lo que antes dominaba el deseo del sacrificio! Que entonces venga la circunstancia más leve á excitar una de esas sospechas silenciosas, y como encuentra al alma en una disposición tan llena de pesadumbres y de sufrimiento, no tarda mucho en anadarla: lo que antes no se confesaba, se dice alto, y la existencia se modifica en un todo, cayendo algunas hojas más del árbol ya casi despojado. Se ama todavía, se ama siempre; pero unos celos, un reproche, ó una inquietud, abren profundos surcos, cuyas sangrientas cicatrices halla medio de cerrar la pasión, la cual se ha comparado á la pirámide de los cuentos árabes, cuyos escalones se hundían á

medida que por ellos se iba ascendiendo. ¡Ay! no todo esto es cierto: lo triste es que los escalones se desmoronan á medida que se descende, y por consiguiente no es bajar, sino subir de nuevo, lo que se hace imposible.

Y esta circunstancia, que altera el lenguaje, cambiando al mismo tiempo, sólo que en mayor grado, el alma, nunca se hace aguardar mucho, porque todo empuja á la criatura humana á precipitarse hacia los hechos: hay en ella una impetuosa causalidad de dolores, de injusticias y de faltas. Aquella circunstancia no tardó en llegar para los dos jóvenes. Fue una sola palabra; pero una palabra basta cuando el alma, saturada por las irritaciones de la pasión, no siente vergüenza por su egoísmo y abjura de sus generosas delicadezas. ¿No se dice que basta tocar suavemente con un dedo á los seres heridos por el rayo para hacerles convertirse en polvo?

Los dos jóvenes habían pasado el día en el jardín; y como hay instantes en que una brisa interior desconocida refresca el alma abrasada, se hallaban menos sombríos, y algo aliviados del peso de la pasión y de la vida. La señora de Scudemor se había mezclado con ellos; pero cansada de un paseo que se prolongaba demasiado para ella, había vuelto al castillo mucho antes que el sol de Abril, descendiendo al ho-

rizonte, hubiera refrescado demasiado la atmósfera: durante el tiempo que permaneció en su compañía, había manifestado un atractivo tan dulce y tranquilo, que aquella serenidad había influído en gran manera sobre ambos, tan exclusivamente ocupados de sí mismos. Pero cuando se separó la madre, hablaron de ella mucho tiempo; en particular Allán, quien tenía que reprocharse sobradas injusticias para con aquella mujer abandonada. Así somos siempre: creemos muchas veces reparar muestras faltas haciendo justicia en su ausencia á las personas que tienen motivo para quejarse de nosotros.

Como Allán no podía revelar lo que sabía de Iseult, de aquella infortunada criatura, no insistía sino en lo que se veía al exterior, haciéndolo con sus recuerdos de amante y con la melancolía de imaginación que poseía en grado superior, y que la belleza perdida, la edad y los sufrimientos de la Condesa habían aumentado considerablemente. Estaban sentados en el mismo banco del *bosquecillo* en que el joven había recibido las terribles confidencias de la señora de Scudemor que le pusieron tan cerca de la muerte.

Camila, que se había sentado en las rodillas de Allán, le escuchaba distraída y con la cabeza baja, jugando inadvertidamente con un

punzón de acero que tenía en la mano. De repente el pensamiento de haber amado á Iseult y la contradicción que había entre un elogio de su boca ingrata y el deseo atroz y furtivo de verla morir, acudió á la imaginación del joven, que se interrumpió, temblando que Camila pudiese deducir algo de su silencio, y ocultando su confusión con una caricia. Camila recibió la caricia con un aire impasible, y esta frialdad que observaba por primera vez, así como la mirada, que por efecto de sus sospechas no ofrecía su humedad habitual, le daban á la joven en aquel momento tan gran parecido con la fisonomía de su madre, que Allán, al advertirlo, no pudo menos de decirse lo, besándola apasionadamente en los ojos.

—¿Lo crees así?...—le preguntó.

Y con la rapidez de un relámpago fué á clavarle en los ojos mismos el punzón de acero con que jugaba. Allán vió el movimiento, y la desarmó; pero por pronto que quiso acudir, la punta había penetrado ya en el ángulo de uno de ellos, corriendo la sangre.

—¿Estás loca?—preguntó lleno de espanto.

—¡Sí (respondió); porque estoy celosa! He creído en otro tiempo que tú amabas á mi madre, y tu caricia reciente me ha parecido que estaba llena del recuerdo de ese amor. ¡Oh! ¡si tú me amaras porque te la recuerdo!....

Y en aquel momento estaba terrible. Aquel pensamiento celoso que había dormido tanto tiempo en su seno de niña, y que el amor y la felicidad de ser amada habían casi borrado, se despertaba pujante en aquel instante, dando á sus facciones expresivas una energía salvaje.

El joven tuvo que recurrir á la impostura para calmarla. ¡Ah! Ya estaba cansado de mentir, y de mentir siempre; pero la engañó una vez más, cediendo al instinto del miedo y del deber. Prodigóla todas las ternezas imaginables, consiguiendo al fin se serenase al oír aquella voz querida, logrando de este modo que el fin de aquel día, que amenazaba ser tan tempestuoso, fuese más dulce que ninguno de los que habían pasado hacía mucho tiempo.

Como ya estaba completamente tranquila, tuvo la coquetería de los celos, sirviéndose para ello de la herida que había interesado algo el párpado; no quiso que el pañuelo de Allán restañara la sangre vertida, exigiendo que la curase con sus besos; pero no advirtió, absorta en los que ella le devolvía, el daño que le causaba al referirle su pasado.

—¿Te convences? (le decía.) Estaba celosa antes de saber lo que es tener celos y antes de saber que te amaba. ¿Te acuerdas de una noche en que mi madre te dijo: «*Esperadme en*

*el bosquecillo?*» Yo lo oí, y un sentimiento desconocido se apoderó de todo mi ser. No se me ocurrió la idea de que podía amarte ó de que tú la amaras; era demasiado inocente para ello; pero sí sentí un dolor que no hubiera podido explicar y que me hizo sufrir mucho por largo tiempo. Perdóname, amigo mío; no te lo he dicho nunca, y he sido falsa contigo, á quien amaba como un hermano; pero yo aborrecía á mi madre porque tú no amabas á tu hermana, y de afectuoso y bueno que eras, te habías vuelto brusco y huraño para conmigo. ¿Por qué era eso? No lo sabía, y hubiera hecho lo imposible por averiguarlo. ¿Sabes tú cuántas noches he pasado entonces sin dormir? ¿Sabes cuántas veces os he espiado, cuando creíais estar solos?... He escuchado en las puertas, y en vano me decía que aquello era mal hecho; una cosa más fuerte que mi vergüenza y mi orgullo me obligaba á ello; pero nunca pude sorprender nada que me enseñase lo que eran los celos.... ¡Oh! ¡Dime, repíteme, Allán, que no la has amado nunca!

Y él se lo aseguró; pero sin atreverse á mirarla, pues lo hacía con torpeza, y ella se demostraba celosa á pesar suyo en el momento en que aseguraba que no lo era.

Cuando se separaron, Allán respiró como aquel á quien quitan un peso enorme de enci-

ma del corazón. Cuando se deja á la mujer amada con una alegría secreta, ¿dónde está el amor que nos inspira? ¿No es un descubrimiento espantoso el de sentirse aliviado por la ausencia, el de que se está mejor solo que con *ella*? Camila acaba de arrojar sobre el porvenir y sobre el pasado una luz formidable, pero que no era imprevista, porque tarde ó temprano había de formularse aquella cuestión.

El joven se hallaba colocado entre su conciencia y Camila, nuevo sentimiento tan implacable como el primero. Hasta entonces el amor de Camila había sido un refugio contra sí mismo; pero desde aquel instante, ¿dónde iría á guarecerse, si aquel refugio se le cerraba?....

Se ha dicho, y con razón, que todo sentimiento profundo era exclusivo, y celoso por consiguiente, y sin embargo, las mujeres que más desean ser amadas se asustan cuando se les demuestra que nunca lo serán sino atrayendo sobre ellas los celos más extraños. ¿Por qué, pues, el deseo y el miedo al amor se hallan reunidos en estos seres que tanto tienen de contradictorios, y que se nos escapan más por su movilidad que por la profundidad de sus pensamientos?

Puede tenerse la necia intrepidez que hace desear la posibilidad de recibir una puñalada;



pero debe pensarse como cosa segura que el amor acaba siempre por sucumbir con estos celos. La primera riña, la primera desconfianza, el primer reproche, son casi siempre males incurables, leve quemadura que no interesa más que la epidermis, pero que de no curarse pronto, se extiende y profundiza hasta lo más recóndito de nuestros tejidos.

El amor de Camila había puesto término á su felicidad con aquella confesión celosa y cólerica. Por más que se ocultase en la confianza y las ilusiones de un sentimiento elocuente aún, porque era verdadero, no obstante, aquellos celos no estaban más que adormecidos. Sea por Camila, sea por sí mismo, Allán debía tener sumo cuidado en no volver á despertarlos; así es que la confianza no era ya posible entre ellos, y si hasta allí existió, desde aquel día debió desaparecer; pero la verdadera confianza nunca existió entre ellos; se habían amado sin iniciarse uno á otro en todos sus pensamientos. Singular amor, envenenado desde su principio, porque donde no hay confianza, aunque subsista la pasión, ¿qué le queda al amor?

Aunque Allán no hubiese amado nunca á la Condesa, no por esto hubieran corroído los celos de que ésta era causa, menos el amor que profesaba á su hija. Para adormecer las

sospechas quería cansar al amor, y cuando, haciendo mil esfuerzos, se proponía huir de Camila, á pesar de lo que la amaba, no tardaba en conocer que tal conducta debía exaltar más aquellos celos, y volvía á su lado incierto de sí mismo, y comenzando á maldecir las pasiones y sus consecuencias, porque las embriagueces que producen no son eternas.

Las caricias mismas habían perdido todo su poder, y únicamente había aprendido en su inquietud que hace disminuir el amor todo lo que no sirve para acrecentarle.... Aun cuando se anegaba en las caricias, demasiado preocupado para que le turbasen y asaz infeliz para gozar de ellas, las prodigaba por cálculo.

Y aun en aquellos momentos la inquietud no soltaba su presa; inquietud encarnizada que no se fundaba más que en un punto ignorado del porvenir; pero en cambio no se calmaba jamás; pues cada hora que pasaba sin traer consigo la explosión de la catástrofe en la vida que llevaban los tres en el castillo de los Sauces, no era más que un respiro debido á la casualidad, pero con el que no era posible contar para la hora siguiente.

El estado de la señora de Scudemor inspiraba cada día más cuidado.... Parecía que un mal desconocido la iba desgastando, y que la vida iba á abandonarla. El torrente mostraba ya el fondo de su lecho: ¿cuánto tiempo sería necesario para que se secase por completo? Cuando se miraba su rostro lívido, en que los ojos, en los mil rayos que en ellos se apagaban, no habían conservado más que una chispa negra y brillante en medio de su pupila, era fácil notar que una huella que no era la de la vejez, una mano no menos inexorable, un trabajo más rápido que el del tiempo, causaba aquellos estragos.

La muerte, que la había invadido, afección por afección, tan rápidamente, que la había dejado viva en lo físico después de haber muerto lo moral, llegaría á poner el cuerpo al mismo nivel del alma. No se quejaba nunca, ni siquiera se veía el menor cansancio en su frente, y Camila y Allán no podían ocuparse más que de sí mismos, porque estaban llenos de pre-